

EL LOBO ESTEPARIO.

Aparece este libro editado en Méjico y en versión española de Manuel Manzanares, cuando el autor ha obtenido el premio Nobel de Literatura. La ansiada recompensa de la Academia Sueca, que nunca obtuvieron Tolstoi ni Pérez Galdós y que, no obstante, alcanzaron don José de Echegaray y, para loor y gloria nuestra, Gabriela Mistral. Sin embargo, es únicamente el prestigio del premio Nobel de Literatura del año 1946 lo que atrae a los lectores chilenos que se enfrentan por primera vez con Hermann Hesse y disfrutan con su estilo poético, con su inmensa erudición filosófica, con la valentía tensa e intensa de sus ideas y con sus atisbos de magia y suprarrealidad que llevan a meditar en que mientras se preparaba la última carnicería bélica y se exaltaba el nacionalismo feroz o el barbarismo ingenuo, había en Europa, individualidades poderosas que laboraban sus obras de arte con los elementos ricos de las más viejas culturas, de las verdaderas culturas de que habla el propio Herman Hesse. Mezcla de humorismo y sarcasmo, de poesía y realismo directo, de lucubración dialéctica y simple fábula, la obra «El lobo estepario» enseña todas las facetas de un creador en la plenitud de su registro, identificado y hecho carne con su estro, dueño en suma de su imaginario y dramático universo. Hay primero una casa de envidiable y primorosa burguesía europea, donde un relator sobrino de la dueña, nos introduce en el conocimiento de este hombre excepcional, llamado Harry, que luego crecerá hasta transformarse en protagonista y en creador, a su vez, de los seres humanos que lo rodean y conviven la acción de su destino, en una amalgama suigeneris de sexos y anhelos.

«El lobo estepario era un hombre de unos cincuenta años, que hace algunos años fué a casa de mi tía, dice el sobrino al presentarlo en la introducción, buscando una habitación amueblada. Alquiló el cuarto del doblado y la pequeña alcoba contigua,

volvió a los pocos días con dos baúles y un cajón grande de libros y habitó en nuestra casa nueve o diez meses».

Después viene la obra de este hombre original, trazada en un librito mal impreso, en papel malo, como aquellos cuadernos titulados «El hombre que había nacido en enero» o «Arte de hacerse en ocho días veinte años más joven», dividido en dos partes: «Tractat o tratado del lobo estepario» (no para cualquiera) y los motivos, incluyendo un teatro mágico que da el título a la obra. Pero echemos una mirada a esa parte donde el autor sitúa el comienzo de su creación medular: «A propósito de esto, aun hay que decir una cosa. Hay bastantes personas de índole parecida a como era Harry; muchos artistas principalmente pertenecen a esta especie. Estos hombres tienen todos dentro de sí dos almas, dos naturalezas; en ellos existe lo divino y lo demoníaco, la sangre materna y la paterna, la capacidad de ventura y la capacidad de sufrimiento; tan hostiles y confusos lo uno junto y dentro de lo otro, como estaban en Harry el lobo y el hombre». Parece residir en este trozo recién transcrito, la clave de la trama habilísima, movediza y sensible que va preparando al lector para las más agudas y certeras incursiones dialécticas hasta llegar al teatro mágico donde realidad y fantasía se confunden. Si abandonamos el texto y empezamos a juzgar con la base de nuestros recuerdos, nos ubicaremos en la afirmación de Hesse, paráfrasis del romántico Novalis, en el sentido de que sólo en el sufrimiento reside la plenitud del hombre, que la antípoda de esta plenitud es el aburguesamiento regulado y metódico en lo que se refiere a la vida intelectual y afectiva, y que la fuga de este ánimo basto y estéril, es el humorismo. Mas es necesario, sostiene Hesse, que algunos hombres excepcionales experimenten la exaltación sufriente de sus épocas y se anticipen, transformándose ellos mismos en holocausto, a las penurias de sus semejantes, como les ocurrió a Cristo y a Federico Nietzsche.

Para contrastar las intervenciones del pensador sobre el artista, transcribamos esta entrevista onírica en cuyo multiforme desarrollo Hesse hace hablar a Goethe del siguiente modo: «El haber llegado a los ochenta y dos años puede que sea, desde luego imperdonable. Pero el placer que yo en ello tuve, fué sin duda menor de lo que usted puede imaginarse. Tiene usted razón; me consumió siempre un gran deseo de perdurabilidad, siempre temí y combatí a la muerte. Creo que la lucha contra la muerte, el afán absoluto y terco de querer vivir es el estímulo por el cual han actuado y han vivido todos los hombres sobresalientes...». Y en seguida agrega: «Al decir esto, sonreía de un modo tremendo, retorciéndose de risa. Su figura se había agrandado, habían desaparecido la tiesura y la violenta majestad del rostro. Y el aire en torno nuestro estaba lleno ahora por completo de toda suerte de melodías, de toda clase de canciones de Goethe...». Luego habría que mencionar las fugaces escenas de amor entre Harry, María y Armanda que son una misma persona brotada de la personalidad de Harry, en voluble metempsicosis de sueño y maravilla; el baile de máscaras y la condena a la horca que nos recuerda un trozo análogo de humorismo demoníaco existente en el «Ulises» de Joyce, pero que Hesse resuelve con mayor síntesis, dentro de otros cánones estéticos, frutos de su genio.

* * *

Hemos recibido: «Revista Nacional de Cultura», editada por el Ministerio de Educación de Venezuela (enero-febrero de 1947); «Educación», revista para el Magisterio, proveniente del mismo origen. «Unión Continental y Democracia Social» (A los Gobiernos y a la ciudadanía de nuestra América) por Miguel Ramos Sucre, de Caracas, Venezuela y las «Páginas Selectas» del notable escritor argentino Juan Pablo Echagüe.